

Introducción a la semana

El pecado y el perdón son los motivos principales de la liturgia de esta semana. Motivos muy cuaresmales, ya que este tiempo de penitencia nos recuerda la necesidad de convertirnos (es decir, de alejarnos del pecado) y de acogernos a la misericordia de Dios (es decir, a su perdón). Daniel confiesa las iniquidades del pueblo, su cerrazón a las palabras de los profetas que le hablaban en nombre de Dios; pero, a la vez, reconoce la piedad y el perdón a los que el Señor está dispuesto, y cuya compasión paternal proclamará el evangelio, invitando a imitarla.

El mismo Dios exhorta al pueblo a purificarse, a obrar el bien, a defender a los desvalidos; y asegura que sus pecados pueden desaparecer dando lugar a algo mucho más hermoso. ¿De qué manera? Un camino sencillo consiste en seguir con docilidad la enseñanza de quienes guían nuestra fe —aunque a veces su conducta no se ajuste del todo a sus palabras— para acertar más fácilmente con la voluntad de Dios. Pero sobre todo la superación del pecado vendrá de la mano de Aquel que “no ha venido para que le sirvan, sino para dar su vida en rescate por muchos”, como él mismo anunció.

Así, pues, se nos anima a confiar plenamente en el Señor, que conoce bien nuestro corazón y dará a cada uno “según el fruto de sus acciones”. Se subraya, no obstante, que sus preferencias están a favor del que sufre injustamente (parábola del rico y del pobre Lázaro) y del que se arrepiente sinceramente de sus pecados, y hace fiesta por el hijo extraviado que regresa (parábola del “hijo pródigo”).

Lun
17
Mar
2014

Evangelio del día

[Segunda semana de Cuaresma](#)

“Nuestro Dios es compasivo y perdona”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Daniel 9, 4b-10

¡Ay, mi Señor, Dios grande y terrible, que guarda la alianza y es leal con los que lo aman y cumplen sus mandamientos!

Hemos pecado, hemos cometido crímenes y delitos, nos hemos rebelado apartándonos de tus mandatos y preceptos. No hicimos caso a tus siervos los profetas, que hablaban en tu nombre a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra.

Tú, mi Señor, tienes razón y a nosotros nos abruma la vergüenza, tal como sucede hoy a los hombres de Judá, a los habitantes de Jerusalén y a todo Israel, a los de cerca y a los de lejos, en todos los países por donde los dispersaste a causa de los delitos que cometieron contra ti.

Señor, nos abruma la vergüenza: a nuestros reyes, príncipes y padres, porque hemos pecado contra ti.

Pero, mi Señor, nuestro Dios, es compasivo y perdona, aunque nos hemos rebelado contra él. No obedecemos la voz del Señor, nuestro Dios, siguiendo las normas que nos daba por medio de sus siervos, los profetas.

Salmo de hoy

Salmo 78, 8. 9. 11. 13 R/. Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados

No recuerdes contra nosotros las culpas de nuestros padres;
que tu compasión nos alcance pronto,
pues estamos agotados. R/.

Socórrenos, Dios, Salvador nuestro,
por el honor de tu nombre;
líbranos y perdona nuestros pecados
a causa de tu nombre. R/.

Llegue a tu presencia el gemido del cautivo:
con tu brazo poderoso, salva a los condenados a muerte. R/.

Nosotros, pueblo, ovejas de tu rebaño,
te daremos gracias siempre,
cantaremos tus alabanzas de generación en generación. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 6, 36-38

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso; no juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados; dad, y se os dará: os verterán una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que midiereis se os medirá a vosotros».

Reflexión del Evangelio de hoy

Nuestro Dios es compasivo y perdona

Al decir del profeta, abrumba a los fieles a Yahvé la vergüenza que sienten al saber que no pocos del pueblo escogido han traicionado el pacto de amor que Dios estableció con ellos. Múltiples voces del Viejo Testamento se pronuncian en el sentido que a iniquidad cometida contra la Alianza corresponde un severo castigo por parte de Dios, con razón; y por lo mismo, Dios, grande y terrible, derrochará amor fiel con los que le son fieles guardando su pacto de amor y protección. Porque la Alianza no es otra cosa que un vínculo de amor mutuo entre Dios y sus hijos que tiene todo su encanto en la iniciativa de quien los eligió como pueblo en propiedad. No obstante, Israel adolece de infidelidad endémica por muchos profetas que le hayan sido enviados y porque no acaba de aprender con los males históricos que le acaecen. Pero el Dios de Israel parece que tuviera escondida una carta en su manga, pues no secunda las expectativas de su pueblo: delito pide castigo. Sorprende este Dios de Israel haciendo alarde de justicia y de entrañas de misericordia, pues cuando juzga a sus hijos, y a éstos sólo les resta humillarse, Dios se manifiesta como dador de piedad y perdón. Y toda súplica a su inmensa bondad es escuchada como mejor síntoma de un Dios con corazón, porque acoge la demanda que se le hace desde la verdad y la confianza. Frente a la vergüenza de la infidelidad, Dios saca a relucir sus mejores galas de padre y guía de su pueblo: perdona y es compasivo.

Sean compasivos como vuestro Padre es compasivo

El sabernos hechos a imagen y semejanza de Dios es una de las vivencias creyentes más estimulantes que, en medio de las vicisitudes diarias de la vida, añaden sobrada fuerza a nuestra alegría e identidad cristianas. Incluso es buen antídoto para cualquier deriva nuestra a la debilidad y depresión. La grandeza de los seguidores del Maestro, aquí y ahora, consistirá en aproximarnos todo lo posible a nuestro modelo. Y si nuestro modelo nos diseña un Padre compasivo, el creyente no tiene mejor referencia que ser compasivo con sus iguales, llevando este imperativo hasta sus últimas consecuencias, incluso la de amar a los enemigos y no cerrándose a su propia carne. Porque Jesús de Nazaret nos habla desde la experiencia de misericordia que nos quiere transmitir de nuestro Padre; por eso nos dice que para juzgar, si lo hacemos, hagámoslo desde la misericordia, de lo contrario mejor es que nos olvidemos de ello. La misericordia indica, además, la grandeza de nuestro corazón, y nuestros juicios respecto a nuestros iguales vendrán limitados según la medida de nuestro corazón: por eso al juzgar somos juzgados, al condenar somos condenados. Sin embargo Dios nos dará no tanto por la medida que utilizamos cuanto por lo que damos y servimos a los hermanos, Él se entregará a sí mismo como don, porque Dios es misericorde amor que supera con creces todas las medidas que podamos establecer.



Fr. Jesús Duque O.P.
(1947-2019)

Mar
18
Mar
2014

Evangelio del día

[Segunda semana de Cuaresma](#)

“El que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido”

Primera lectura

Lectura del libro de Isaías 1, 10. 16-20

Oíd la palabra del Señor, príncipes de Sodoma, escucha la enseñanza de nuestro Dios, pueblo de Gomorra:

«Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscadla justicia, socorred al oprimid, proteged el derecho del huérfano, defended a la viuda. Venid entonces, y discutiremos - dice el Señor -.

Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana.

Si sabéis obedecer, comeréis de los frutos de la tierra; si rehusáis y os rebeláis, os devorará la espada - ha hablado la boca del Señor -».

Salmo de hoy

Salmo 49, 8-9. 16bc-17. 21 y 23 R/. Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios

No te reprocho tus sacrificios,
pues siempre están tus holocaustos ante mí.
Pero no aceptaré un becerro de tu casa,
ni un cabrito de tus rebaños. R/.

¿Por qué recitas mis preceptos
y tienes siempre en la boca mi alianza,
tú que detestas mi enseñanza
y te echas a la espalda mis mandatos? R/.

Esto haces, ¿y me voy a callar?
¿Crees que soy como tú?
Te acusaré, te lo echaré en cara.
El que me ofrece acción de gracias,
ése me honra;
al que sigue buen camino
le haré ver la salvación de Dios». R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 23, 1-12

En aquel tiempo, Jesús habló a la gente y a los discípulos, diciendo:

«En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos: haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen, porque ellos dicen, pero no hacen.

Lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar.

Todo lo que hacen es para que los vea la gente: alargan las filacterias y agrandan las orlas del manto; les gustan los primeros puestos en los banquetes y los asientos de honor en las sinagogas; que les hagan reverencias en las plazas y que la gente los llame “rabbi”.

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar “rabbi”, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos.

Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo.

No os dejéis llamar maestros, porque uno solo es vuestro maestro, el Mesías.

El primero entre vosotros será vuestro servidor.

El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido».

Reflexión del Evangelio de hoy

Al terminar de leer las lecturas de hoy me ha abordado la idea de «la doble moral que a veces empleamos los cristianos». ¿Decimos lo que pensamos? Y, más aún, ¿hacemos lo que decimos? Jesús por decir lo que pensaba lo trataron de loco; cuando hacía lo que decía, entonces, comenzó a ser un peligro. ¿Quién de nosotros -seamos sinceros- quiere ser tratado como un loco o un peligro? Veterotestamentarios y neotestamentarios realizaban ritos religiosos que, aun llenos de significado, estaban vacíos de sentido para ellos: era por cumplimiento (cumplir-mentir). Pero aún tenemos solución.

“Cesad de obrar mal”

Isaías se dirige a gobernantes y pueblos con rudeza: «cesad de obrar mal». Sin embargo, me ha llamado la atención que no se detiene en qué hacen mal; ellos ya lo saben (nosotros ya sabemos lo que hacemos mal). El profeta se detiene en la razón del porqué no están actuando bien y cuál es el camino para comenzar a actuar justamente. No actúan bien porque no oyen la palabra del Señor ni escuchan la enseñanza de su Dios. ¿Nos detenemos a oír la Palabra del Señor en nuestro día a día? ¿Escuchamos lo que oímos, es decir, usamos nuestra fe y nuestra razón para aprender lo que Dios nos dice de nosotros, de los seres humanos y el mundo que nos rodea, de Él mismo? Sin oír ni escuchar no podremos conocer al Señor ni sus proyectos: buscar la justicia, defender al oprimido, abogar por el huérfano, defender a la viuda... estar junto al hermano necesitado que de tanto chillar su voz ya es el silencio del eco. Este es el camino del que actúa justamente, del que se convierte y experimenta la alineación de su corazón con el Dios y el del prójimo.

“El primero entre vosotros será vuestro servidor”

Son muchos -incluso, quizá, yo ahora mismo- los que dicen qué hay que hacer y, luego, no lo hacen; por esto, pensamos que sus palabras son vanas. Pero, Mateo, no pone en boca de Jesús «no hagáis lo que dicen (los letrados y fariseos)»; al contrario, «haced lo que os digan», porque esas palabras tuvieron un rico

significado y ahora están deseosas de preñarse de sentido nuevo y purificado. Si no, leamos de nuevo las palabras del salmo 49: «No te reprocho tus sacrificios.» Dios, realmente, no nos echa en cara nuestro esfuerzo, sino nuestros pecados contra el prójimo. Para que nuestras prácticas cristianas recuperen su sentido de gracia y vida debemos confesar la bondad divina y reconocernos pecadores ante Dios. Ambas actuaciones traerán consigo una nueva creación, obrada por el Espíritu. ¿Cómo y cuándo? Cuando en lugar de enaltecernos nos humillemos -que conozcamos nuestras propias limitaciones y debilidades y obremos de acuerdo con este conocimiento el proyecto de Dios- y, entonces, la justicia divina que actúa perdonando, de nuestra humillación seamos enaltecidos para siempre.



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

Mié
19
Mar
2014

Evangelio del día

[Segunda semana de Cuaresma](#)

Hoy celebramos: **San José (19 de Marzo)**

“José, un hombre justo y de profunda fe.”

Primera lectura

Lectura del segundo libro de Samuel 7, 4-5a. 12-14a. 16

En aquellos días, vino esta palabra del Señor a Natán:

«Ve y habla a mi siervo David:

“Así dice el Señor: Cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, yo suscitaré descendencia tuya después de ti. Al que salga de tus entrañas le afirmaré tu reino.

Será el quien construya una casa a mi nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre.

Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo.

Tu casa y tu reino se mantendrán siempre firmes ante mí, tu trono durará para siempre”».

Salmo de hoy

Salmo 88, 2-3. 4-5. 27 y 29 R/. Su linaje será perpetuo.

Cantaré eternamente las misericordias del Señor,
anunciaré tu fidelidad por todas las edades.

Porque dijiste: «La misericordia es un edificio eterno»,
más que el cielo has afianzado tu fidelidad. R/.

«Sellé una alianza con mi elegido,
jurando a David, mi siervo:
Te fundaré un linaje perpetuo,
edificaré tu trono para todas las edades». R/.

Él me invocará: “Tú eres mi padre,
mi Dios, mi Roca salvadora”.
Le mantendré eternamente mi favor,
y mi alianza con él será estable. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 4, 13. 16-18. 22

Hermanos:

No por la ley sino por la justicia de la fe recibieron Abrahán y su descendencia la promesa de que iba a ser heredero el mundo.

Por eso depende de la fe, para que sea según gracia; de este modo, la promesa está asegurada para toda la descendencia, no solamente para la que procede de la ley, sino también para la que procede de la fe de Abrahán, que es padre de todos nosotros.

Según está escrito: «Te he constituido padre de muchos pueblos»; la promesa está asegurada ante aquel en quien creyó, el Dios que da vida a los muertos y llama a la existencia lo que no existe.

Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: «Así será tu descendencia».

Por lo cual le fue contado como justificación.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 1, 16. 18-21. 24a

Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

La generación de Jesucristo fue de esta manera:

María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo.

José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo:

«José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados».

Cuando José se despertó, hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.

Reflexión del Evangelio de hoy

José, un hombre justo y de profunda fe.

Variada puede ser la interpretación que demos a las lecturas de hoy, o al sentido de esta solemnidad de San José, pero hay una frase que podría resumirlas: José, un hombre justo y de profunda fe.

El conjunto de las lecturas colocan a José, esposo de María, como un hombre ligado a la mejor tradición judía, descendiente de David, al que Dios prometió una descendencia eterna, y de Abraham, que creyó contra toda esperanza. Así se dará relevancia al origen de Jesús. El padre de Jesús solo podía ser de la dinastía de David, y descendiente de Abraham, padre de los creyentes.

Este relato se conoce como la Anunciación de José, aunque no se le ha dado en la tradición de la Iglesia la relevancia que tiene la Anunciación de María.

Como todos los relatos del N.T., tenemos que leerlo a la luz de la experiencia Pascual. Es entonces cuando los discípulos y seguidores de Jesús se preguntan:

- ¿Quién es este hombre (Jesús) que ha dado su vida de esta manera?
- ¿Quién es este hombre que, después de morir, sigue tan presente entre nosotros?
- ¿Quién es este hombre que quita nuestros miedos, nos transforma y nos hace gritar que otro mundo es posible?
- ¿Quién es este hombre...?

Los textos del Evangelio que nos hablan del origen de Jesús quieren responder a estas preguntas, básicas para todo creyente. Por eso, lo importante en ellos no es lo que dicen literalmente, sino el mensaje de fe que nos regalan.

Dios habla a José en sueños, como ocurre a lo largo de todo el A.T. Así lo canta un himno de vísperas: “De noche eran los sueños tu lengua más profunda”.

En el sueño, Dios trae paz al corazón de José, confundido por los acontecimientos que no comprende. Le invita a seguir adelante con su proyecto de vida junto a María, y le asegura que ese niño será la salvación para todos los pueblos. Por dos veces se dice en el Evangelio que esta criatura es obra del Espíritu Santo, es decir, de Dios mismo. De nuevo se realza el origen de Jesús. Solo Dios puede estar en el origen de una persona, tan extraordinaria, que tiene que ser divina.

Este texto completa el papel de María en la historia de la Salvación. María ya había dado su Sí, que permitió la Encarnación. Sin embargo, este Sí de José permite que la obra de la Salvación se despliegue tal y como el Señor lo ha previsto.

Y esto me hace reflexionar lo siguiente: la obra de Dios, su salvación, no nos necesita como eficientes instrumentos, aunque a lo largo de la vida, para serle fieles, tengamos que emplearnos a fondo en responder a su llamada de la mejor manera posible. Nuestro papel más importante en la obra de la Salvación es solamente dar nuestro Sí, permitir que El viva, que El actúe.

Esto es lo que hicieron José y María, este es el mensaje de los dos relatos de la Anunciación, la de María y la de José. María dio su Sí, y José lo corroboró, permitiendo que el plan de Dios fuera adelante.

Y para decir Sí no hay que ser muy inteligentes, ni muy altos, ni siquiera instruidos. Solo necesitamos ver y escuchar bien, percibir qué me está pidiendo el Señor, acogerlo, dejarle paso para que siga actuando. Eso fue lo que hicieron José y María.

José es una figura humilde en el evangelio, apenas tiene relevancia. De hecho, de no ser por esta solemnidad, apenas nos daríamos cuenta de lo importante que fue el Sí de José. El no puso obstáculos al plan de Dios, supo escuchar su voz en los acontecimientos de la vida, supo reconocer su llamada a dar un paso de fe.

Y nosotros ¿cómo andamos de lectura creyente de la realidad? Quizá El nos esté hablando en alguno de los acontecimientos difíciles, personales o colectivos, que nos toca vivir. Quizá nos pide un Sí para llevar adelante su obra. Un sí sencillo, del que nadie se va a percatar, como la historia de José, pero que supondrá mi colaboración con el plan de Dios.

Oremos por las vocaciones sacerdotales

En este día queremos tener especialmente presentes a todos los seminaristas del mundo, para que encuentren en San José, un modelo para su propia formación y para su futuro actuar como sacerdotes. Acompaña Señor, el caminar de tantos jóvenes que se sienten llamados a seguirte como sacerdotes. Que puedan encontrar en las comunidades con las que comparten su vida un estímulo para su vocación, que lleguen a ser hermanos entre los hermanos y compañeros de camino en este rico pueblo de Dios que es la Iglesia.



Hna. Lola Munilla O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San José

**Esposo de la Santísima Virgen María,
patrono de la Iglesia universal
y de los seminarios
*Nazaret, siglos I a.C.-I d.C.***

En la solemnidad de San José, la liturgia de las horas nos ofrece un sermón de San Bernardino de Siena, en el cual se presenta al carpintero de Nazaret como una especie de eje entre los dos testamentos: José viene a ser el broche del Antiguo Testamento, broche' en el que fructifica la promesa hecha a los patriarcas y los profetas. Sólo él poseyó de una manera corporal lo que para ellos había sido mera promesa».

José pertenecía al linaje de David (Mt 1, 20; Lc 1, 27 y 2, 4). Las tradiciones evangélicas discrepan al darnos el nombre de su padre, bien porque apelen a la ley del levirato, bien porque una de ellas se refiera al abuelo. Era hijo de Jacob (Mt 1, 15-16) o de Leví (Lc 3, 24). Para los cristianos no es más que un anillo en las listas genealógicas.

José es el hombre de la escucha y del silencio. Es el que, en los sueños, descubre el proyecto de Dios, como lo había hecho el patriarca José, vendido por sus hermanos (Gn 37, 6-9).

José es el creyente que, al cumplir la Ley del Señor, descubre la llegada del tiempo del Espíritu de Dios. José es el padre que, al buscar a su hijo perdido, descubre el misterio de la paternidad de Dios.

El hijo del carpintero

[...] Después del viaje a Jerusalén en el que Jesús se manifestó a los doctores de su pueblo, toda la familia volvió a Nazaret. Continúa el silencio. El texto evangélico resume aquellos años en una escueta observación: «Jesús vivía sujeto a ellos. Progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres», (Lc 2, 52). Si María guardaba todas estas cosas en su corazón, es de suponer que también José meditara en su interior los acontecimientos, ordinarios y silenciosos, que se desarrollaban ante sus ojos.

José de Nazaret es calificado por los Evangelios como un tecton, un artesano de la madera. Era un carpintero e hizo de Jesús un carpintero, como sabemos por los comentarios que la gente le dedica cuando, ya adulto, vuelve a la aldea de su infancia: «¿No es éste el carpintero, el hijo de María?» (Mc 6, 3).

Otra tradición evangélica recuerda estos detalles de la familia al presentar la misión profética de Jesús «Al comenzar su vida pública tenía unos treinta años, y era según se creía hijo de José» (Lc. 3, 23). A continuación, Lucas incluye la genealogía ascendente de Jesús.

Sus orígenes y actividad son también evocados en la presentación que de él hace Felipe a Natanael: «Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley, y también los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret» (Jn 1, 45). Esas palabras nos han parecido siempre una primera confesión de la fe cristiana. La búsqueda de los hombres, tema característico del Antiguo Testamento, termina en Jesús. Él es el anunciado por la Ley y los profetas. Pero el esperado no es un ser evanescente, tiene raíces personales y locales. Ante las desviaciones, demasiado espiritualistas, de algunos cristianos de los primeros tiempos era preciso afirmar la realidad encarnada del Verbo de Dios. Y entre otros procedimientos, el evangelista apela también al de su filiación y al de su lugar de origen. Creer en el Verbo de Dios exige identificarlo con el hijo de José de Nazaret.

José era considerado como una prueba de la humanidad del que se proclamaba Camino, Verdad y Vida. Nazaret se convertía así en una especie de «lugar teológico».

Estos orígenes no fueron olvidados por el Maestro. Jesús volvió un día a su tierra y a su aldea. Enseñaba el sábado en su sinagoga, de tal manera que sus vecinos decían maravillados: «¿De dónde le viene a éste esa sabiduría y esos milagros? ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacob, José, Simón y Judas? Y sus hermanas ¿no están todas entre nosotros? Entonces, ¿de dónde le viene todo esto? Y se escandalizaban a causa de él. Mas Jesús les dijo: "Un profeta sólo en su tierra y en su casa carece de prestigio". Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su falta de fe» (Mt 13, 54-58).

El estilo de las escandalizadas admiraciones nos hace suponer que seguramente José no vivía ya por entonces. Pero su paternidad seguía siendo una referencia obligada para Jesús. Y un escándalo. Ya no por el modo de su nacimiento, sino por la imposibilidad aparente de que el hijo del artesano pudiera presentarse como un profeta, como tal profeta. Los hermanos y hermanas de Jesús pueden muy bien ser parientes cercanos, miembros de la familia amplia con la que Jesús había trans-currido su niñez.

José ha pasado en silencio por las páginas evangélicas. Es sólo —y nada menos— un creyente que presta atención al Dios que se le muestra en los sueños, que se admira ante la presencia del misterio en su hijo, que pasa a su hijo la herencia mesiánica de David y la raíz de humanidad que él ha querido abrazar para siempre, ¿Qué sentido podrían tener sus palabras ante aquel que era la Palabra hecha carne en su propio hogar?

Jose-Román Flecha Andrés.

Evangelio del día

[Segunda semana de Cuaresma](#)

“Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor”

Primera lectura

Lectura del libro de Jeremías 17, 5-10

Esto dice el Señor:

«Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor.

Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita.

Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza.

Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto.

Nada hay más falso y enfermo que el corazón: ¿quién lo conoce?

Yo, el Señor, examino el corazón, sondeo el corazón de los hombres para pagar a cada cual su conducta según el fruto de sus acciones».

Salmo de hoy

Salmo 1, 1-2. 3. 4 y 6 R/. Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor

Dichoso el hombre
que no sigue el consejo de los impíos
ni entra por la senda de los pecadores,
ni se sienta en la reunión de los cínicos;
sino que su gozo es la ley del Señor,
y medita su ley día y noche. R/.

Será como un árbol
plantado al borde de la acequia:
da fruto en su sazón
y no se marchitan sus hojas;
y cuanto emprende tiene buen fin. R/.

No así los impíos, no así;
serán paja que arrebatara el viento.
Porque el Señor protege el camino de los justos,
pero el camino de los impíos acaba mal. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 16, 19-31

En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos:

«Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino y banqueteaba cada día.

Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal, cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que caía de la mesa del rico.

Y hasta los perros venían y le lamían las llagas.

Sucedió que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abrahán.

Murió también el rico y fue enterrado. Y, estando en el infierno, en medio de los tormentos, levantó los ojos y vio de lejos a Abrahán, y a Lázaro en su seno, y gritando, dijo:

“Padre Abrahán, ten piedad de mí y manda a Lázaro que moje en agua la punta del dedo y me refresque la lengua, porque me torturan estas llamas”.

Pero Abrahán le dijo:

“Hijo, recuerda que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro, a su vez, males: por eso ahora él es aquí consolado, mientras que tú eres atormentado.

Y, además, entre nosotros y vosotros se abre un abismo inmenso, para que los que quieran cruzar desde aquí hacia vosotros no puedan hacerlo, ni tampoco pasar de ahí hasta nosotros”.

Él dijo:

“Te ruego, entonces, padre, que le mandes a casa de mi padre, pues tengo cinco hermanos: que les dé testimonio de estas cosas, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormento”.

Abrahán le dice:

“Tienen a Moisés y a los profetas: que los escuchen”.

Pero él le dijo:

“No, padre Abrahán. Pero si un muerto va a ellos, se arrepentirán”.

Abrahán le dijo:

“Si no escuchan a Moisés y a los profetas, no se convencerán ni aunque resucite un muerto”».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Bendito quien confía en el Señor”

En este tiempo de Cuaresma la Iglesia nos invita a desasirnos de las cosas terrenas, que son efímeras, y a llenar nuestro corazón de Dios.

El bien máspreciado que Dios ha dado al hombre ha sido la libertad, del buen o mal uso de ésta depende la felicidad del hombre.

Jeremías nos indica dos actitudes que el ser humano puede adoptar en su vida. Una es apoyarse en sí mismo, confiar sólo en sus propias fuerzas poniendo su confianza en las cosas terrenas y apartando su corazón del Señor. Así es como actúa el impío y Jeremías lo compara a un cardo en el desierto, el cual nunca será fecundo, jamás dará fruto. El hombre que va por este camino está abocado a la muerte.

Sin embargo, muy distinta será la vida de la persona que pone su confianza en el Señor. Nos dice el profeta que será como el árbol que echa raíces junto a la corriente...en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto. Éste es el hombre que está junto al Señor, será dichoso y cuanto emprende tiene buen fin, nos dice el salmista.

“Dichoso, el que con vida intachable, camina en la voluntad del Señor”

Esta parábola, en la que Lucas nos da una catequesis sobre el uso de las riquezas, personifica muy bien las dos actitudes que Jeremías expone en la primera lectura de hoy.

Dice San Pablo: “¿Qué tienes que no hayas recibido?” Los bienes materiales son buenos porque son de Dios, nosotros somos administradores de ellos. En el momento en que el hombre pone su corazón en las riquezas se convierte en un idólatra. Una de las consecuencias de la idolatría es que ésta nos ciega y nos impide ver a Dios y al prójimo, nos hace egoístas y egocéntricos. Ésta es la actitud que encarna el rico de evangelio porque pone como centro de su vida las riquezas, sólo vive para sí mismo y como si Dios no existiera.

Hay que señalar que el rico no se condena por el simple hecho de tener muchas riquezas sino por el mal uso que hizo de ellas, basando su felicidad en disfrutarlas al máximo olvidándose de Dios y de su prójimo Lázaro. Tampoco se salva Lázaro por ser pobre sino por su humildad, porque supo aceptar su situación poniendo su confianza en el Señor. La salvación es de los humildes, sean ricos o pobres, es decir, de los que reconocen su total dependencia de Dios, aceptando cualquier situación, adversa o próspera, sin rebelarse.

En este tiempo de Cuaresma examinemos en qué tenemos puesto el corazón y cuál es nuestra relación con las cosas materiales, con Dios y con el prójimo.

¡Qué el Señor nos conceda poner siempre la confianza en Él y desasirnos de todo aquello que nos impide ver a Dios en los acontecimientos y en el prójimo, especialmente en los más necesitados!



MM. Dominicas
Monasterio de Santa Ana (Murcia)

Vie
21
Mar
2014

Evangelio del día

“Este es el heredero: venid, lo matamos ”

Primera lectura

Primera lectura: Libro del Génesis 37, 3-4. 12-13a. 17b-28

Israel amaba a José más que a todos los otros hijos, porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica con mangas. Al ver sus hermanos que su padre lo prefería a los demás, empezaron a odiarlo y le negaban el saludo.

Sus hermanos trashumaron a Siquén con los rebaños de su padre. Israel dijo a José:

«Tus hermanos deben de estar con los rebaños en Siquén; ven, que te voy a mandar donde están ellos».

José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. Ellos lo vieron desde lejos y, antes de que se acercara, maquinaron su muerte. Se decían unos a otros:

«Ahí viene el soñador. Vamos a matarlo y a echarlo en un aljibe; luego diremos que una fiera lo ha devorado; veremos en qué paran sus sueños».

Oyó esto Rubén, e intentando salvarlo de sus manos, dijo:

«No le quitemos la vida».

Y añadió:

«No derramáis sangre; echadlo en este aljibe, aquí en la estepa; pero no pongáis las manos en él».

Lo decía para librarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

Cuando llegó José al lugar donde estaban sus hermanos, lo sujetaron, le quitaron la túnica, la túnica con mangas que llevaba puesta, lo cogieron y lo echaron en un pozo. El pozo estaba vacío, sin agua.

Luego se sentaron a comer y, al levantar la vista, vieron una caravana de ismaelitas que transportaban en camellos goma, bálsamo y resina de Galaad a Egipto. Judá propuso a sus hermanos:

«¿Qué sacaremos con matar a nuestro hermano y con tapar su sangre? Vamos a venderlo a los ismaelitas y no pongamos nuestras manos en él, que al fin es hermano nuestro y carne nuestra».

Los hermanos aceptaron.

Al pasar unos mercaderes madianitas, tiraron de su hermano; y, sacando a José del pozo, lo vendieron a unos ismaelitas por veinte monedas de plata. Estos se llevaron a José a Egipto.

Salmo de hoy

Salmo 104, 16-17. 18-19. 20-21 R/. Recordad las maravillas que hizo el Señor

Llamó al hambre sobre aquella tierra:
cortando el sustento de pan;
por delante había enviado a un hombre,
a José, vendido como esclavo. R/.

Le trabaron los pies con grillos,
le metieron el cuello en la argolla,
hasta que se cumplió su predicción,
y la palabra del Señor lo acreditó. R/.

El rey lo mandó desatar,
el señor de pueblos le abrió la prisión,
lo nombró administrador de su casa,
señor de todas sus posesiones. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 21, 33-43, 45-46

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:

«Escuchad otra parábola:

“Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores y se marchó lejos.

Llegado el tiempo de los frutos, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro y a otro lo apedrearon.

Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo. Por último, les mandó a su hijo diciéndose: 'Tendrán respeto a mi hijo'.

Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron: 'Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia'.

Y agarrándolo, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron.

Cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?"».

Le contestan:

«Hará morir de mala muerte a esos malvados y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo».

Y Jesús les dice:

«¿No habéis leído nunca en la Escritura:

"La piedra que desecharon los arquitectos
es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho,
ha sido un milagro patente"?

Por eso os digo que se os quitará a vosotros el reino de Dios y se dará a un pueblo que produzca sus frutos».

Los sumos sacerdotes y los fariseos, al oír sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos.

Y, aunque intentaban echarle mano, temieron a la gente, que lo tenía por profeta.

Reflexión del Evangelio de hoy

La historia de José, primera Lectura, es la de las infidelidades del pueblo de Israel. Estas infidelidades colectivas y personales tienen una respuesta final por parte de Dios: la compasión y la misericordia. "Aunque vosotros pensasteis hacerme daño –dice José a sus hermanos- Dios lo pensó para el bien, para que un pueblo numeroso sobreviviera".

En el Evangelio, Jesús habla del primogénito del dueño de una viña, a quien los viñadores matan para quitárselo de en medio, creyendo que de esa forma la viña sería de ellos. Tanto la historia de José como la de los viñadores es la historia de Jesús, amado por su Padre como José lo era del suyo.

Los otros frutos que espera hoy el viñador

Cuando el dueño quita la Viña a los primeros arrendatarios no lo hace porque no produjeran frutos, sino porque estos no eran del agrado del dueño. Por eso, siempre es un buen momento para reflexionar y preguntarnos qué frutos producimos nosotros y, muy en particular, si serán o no del agrado de Dios.

Tenemos un marco de referencia. Los fariseos, escribas y sacerdotes del tiempo de Jesús producían muchos y, según ellos, buenos y seguros frutos: conocimiento de la Ley, observancia estricta de la misma, ayunos, ofrendas y oraciones estipuladas. Unos cumplidores auténticos. Pero, claramente no eran aquellos frutos del agrado de Dios.

El otro marco de referencia es el del mismo Jesús. Conoce la Ley y la observa tanto en cuanto favorece las relaciones con su Padre y con las personas, Pero, su Padre y las personas están por encima de la Ley. Los frutos que Jesús practica y predica son el servicio, la compasión y la misericordia, y éstas, "samaritanas", porque las puramente sentimentales también las tenían los sacerdotes que pasaron junto al apaleado, pero prefirieron no contaminarse antes que ayudarle. Estos son los auténticos frutos teologales que agradan a Dios, validados por la dedicación a los hermanos.

La "viña" hoy. Nosotros, como viñadores

Hace poco más de veinte siglos, Jesús vino a su "viña". Al no encontrarla como su Padre deseaba, se esforzó por poner en ella honradez, claridad y coherencia. Denunció la falsedad y señaló con el dedo a los falsos cuidadores, llegando a llamarles "sepulcros blanqueados". Y, lógicamente, lo mataron.

Hoy la Viña es la Iglesia. Nosotros, los cuidadores y trabajadores, enviados por Jesús. Y, si escuchamos la Palabra, nos sentiremos interpelados de formas diversas: "Sois cuidadores; sólo cuidadores, no los dueños. Pero, sois nada menos que los cuidadores de lo mío, de mi Viña". "Sed cautos, no sois los únicos. Hay otros, esperando, con un corazón tan –o mejor- dispuesto que el vuestro; y están deseando ser enviados a la Viña". Y, tranquilos, que en mi Viña cabéis todos, incluso los de la 'hora undécima'". Y no como puramente asalariados, con un contrato laboral precario o sólo temporal, sino como hijos que participan de la titularidad y posesión de la Viña. Jesús sólo busca agradecimiento por el don y respuesta coherente según nuestras posibilidades.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio del día

[Segunda semana de Cuaresma](#)

“Su padre, lo vio y se conmovió”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Miqueas 7, 14-15. 18-20

Pastorea a tu pueblo, Señor, con tu cayado,
al rebaño de tu heredad,
que anda solo en la espesura,
en medio del bosque;
que se apaciente como antes
en Basán y Galaad.

Como cuando saliste de Egipto,
les haré ver prodigios.

¿Qué Dios hay como tú,
capaz de perdonar el pecado,
de pasar por alto la falta
del resto de tu heredad?

No conserva para siempre su cólera,
pues le gusta la misericordia.

Volverá a compadecerse de nosotros,
destrozará nuestras culpas,
arrojará nuestros pecados
a lo hondo del mar.

Concederás a Jacob tu fidelidad
y a Abrahán tu bondad,
como antaño prometiste a nuestros padres.

Salmo de hoy

Salmo 102, 1-2. 3-4. 9-10. 11-12 R/. El Señor es compasivo y misericordioso

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R/.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura. R/.

No está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas. R/.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, se acercaron a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: «Ese acoge a los pecadores y come con ellos».

Jesús les dijo esta parábola:

«Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte que me toca de la fortuna”.

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada.

Recapacitando entonces, se dijo:

“Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”.

Se levantó y vino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos.

Su hijo le dijo:

“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”.

Pero el padre dijo a sus criados:

“Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponadle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y sacrificadlo; comamos y celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”.

Y empezaron a celebrar el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.

Este le contestó:

“Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud”.

Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Entonces él respondió a su padre:

“Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; en cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado”.

El padre le dijo:

“Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado”».

Reflexión del Evangelio de hoy

“Su padre, lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo”

Más de una vez, nos hemos preguntado cómo es realmente Dios, y cuál es su reacción ante las distintas situaciones en las que nos vemos envueltos. Jesucristo, que conoce a fondo a Dios, pues es su Hijo, ha venido a respondernos con mucha claridad a estas cuestiones. En el evangelio de hoy, nos habla de cómo reacciona Dios cuando nosotros nos alejamos de él, le damos la espalda, vamos por otros caminos que no son los que él nos ha indicado... y un día decidimos volver junto a él, al caer en la cuenta de que nos iba mejor gozando de su compañía.

Para ello nos relata esta hermosa parábola que nosotros conocemos como la parábola del “hijo pródigo”, pero que muchos cristianos prefieren llamar la parábola del “amor del Padre bueno”.

¿Cómo reacciona ese buen Padre ante su hijo cuando vuelve arrepentido a su casa, después de haberse marchado a otros lugares buscando la felicidad por un camino equivocado, produciéndole un gran dolor y rasgándole el corazón?

El hijo no sabía que todas las tardes su Padre salía al camino a ver si volvía. Por eso, la tarde que volvió a casa, no tuvo necesidad de llamar a la puerta, porque el Padre, una tarde más, había salido a la calle a ver si volvía... y vio cómo se echó a correr para abrazarle, para cubrirle de besos: “Cuando todavía estaba lejos, su padre, lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo”. Casi no le deja hablar, casi no pudo decirle esas palabras que traía preparadas desde hacía tiempo, amasadas en los momentos de malestar y de decepción, que su aventura le había proporcionado: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo”. El Padre le acogió, le perdonó, le siguió amando y para celebrarlo preparó un gran banquete.

Pues así es nuestro Dios con todos nosotros, sus hijos. En todo momento, especialmente cuando nos alejamos de él, nos espera pacientemente no con la justicia en la mano para castigarnos, sino con los brazos abiertos para darnos un gran abrazo guiado por su amor desbordante, incondicional, gratuito, guiado por su ternura que no tiene fin.

El profeta Miqueas ya intuía este amor desbordante de nuestro Dios: “¿Qué Dios hay como tú, que perdonas el pecado y absuelves la culpa al resto de tu heredad?... Volverá a compadecerse, y extinguirá nuestras culpas, y arrojará a lo hondo del mar todos nuestro delitos”.



Fray Manuel Santos Sánchez O.P.
Convento de Santo Domingo (Oviedo)

Dom
23 Mar

Homilía de III Domingo de Cuaresma

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“Señor, dame de esa agua; así no tendré más sed”

Introducción

En el camino de la Cuaresma, Moisés representa la etapa del Éxodo, de aquella Pascua que fue imagen y anticipo de la que se cumplió en Jesús. Aquella salida de la esclavitud de Egipto se convierte en profecía de la resurrección y ascensión de Jesús de este mundo al Padre, y anuncio de nuestra propia liberación del mal, del pecado y de la muerte.

Este tercer domingo de Cuaresma, junto a las figuras relevantes de Moisés, Jesús y la samaritana, cabe destacar el especial simbolismo del camino, la sed y el agua. En el evangelio se nos da cuenta de que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, camina por la vida. También se cansa y se fatiga como nosotros. Y tiene sed. Pero Él ha venido a eso. A ser como nosotros y a encontrarse con cada uno, también tantas veces fatigados en la vida, cansados de caminar, sedientos.

La Palabra de Dios nos invita hoy a tomar conciencia una vez más, de que Dios sigue con nosotros, camina a nuestro lado, ofreciéndonos siempre el reposo y aliento que precisamos para continuar con una vida más digna y plena. Reconocemos que muchas veces no acudimos a Él como el mejor pozo, el mejor manantial, la mejor agua para experimentar ya aquí la vida eterna, para vivir para siempre.



Fr. Juan Carlos Cordero de la Hera O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Éxodo 17, 3-7

En aquellos días, el pueblo, sediento, murmuró contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos has sacado de Egipto para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?». Clamó Moisés al Señor y dijo: «¿Qué puedo hacer con este pueblo? Por poco me apedrean». Respondió el Señor a Moisés: «Pasa al frente del pueblo y toma contigo algunos de los ancianos de Israel; empuña el bastón con el que golpeaste el Nilo y marcha. Yo estaré allí ante ti, junto a la roca de Horeb. Golpea la roca, y saldrá agua para que beba el pueblo». Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y llamó a aquel lugar Masá y Meribá, a causa de la querella de los hijos de Israel y porque habían tentado al Señor, diciendo: «¿Está el Señor entre nosotros o no?».

Salmo

Salmo 94, 1-2. 6-7c. 7d-9 R/. Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor: «No endurezcáis vuestro corazón».

Venid, aclamemos al Señor, demos vítores a la Roca que nos salva; entremos a su presencia dándole gracias, aclamándolo con cantos. R/. Entrad, postrémonos por tierra, bendiciendo al Señor, creador nuestro. Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo, el rebaño que él guía. R/. Ojalá escuchéis hoy su voz: «No endurezcáis el corazón como en Meribá, como el día de Masá en el desierto; cuando vuestros padres me pusieron a prueba y me tentaron, aunque habían visto mis obras». R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos 5, 1-2. 5-8

Hermanos: Habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. En efecto, cuando nosotros estábamos aún sin fuerza, en el tiempo señalado, Cristo murió por los impíos; ciertamente, apenas habrá quien muera por un justo; por una persona buena tal vez se atrevería alguien a morir; pues bien: Dios nos demostró su amor en que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Juan 4, 5-42

En aquel tiempo, llegó Jesús a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: «Dame de beber». Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?» (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice "dame de beber", le pedirías tú, y él te daría agua viva». La mujer le dice: «Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?». Jesús le contestó: «El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna». La mujer le dice: «Señor, dame esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla». Él le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve». La mujer le contesta: «No tengo marido». Jesús le dice: «Tienes razón, que no tienes marido: has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido. En eso has dicho la verdad». La mujer le dice: «Señor, veo que tú eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús le dice: «Créeme, mujer: se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que lo adoren así. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad». La mujer le dice: «Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo». Jesús le dice: «Soy yo, el que habla contigo». En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer, aunque ninguno le dijo: «¿Qué le preguntas o de qué le hablas?». La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: «Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho; ¿será este el Mesías?». Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. Mientras tanto sus discípulos le insistían: «Maestro, come». Él les dijo: «Yo tengo un alimento que vosotros no conocéis». Los discípulos comentaban entre ellos: «¿Le habrá traído alguien de comer?». Jesús les dice: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha? Yo os digo esto: levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega; el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna: y así, se alegran lo mismo sembrador y segador. Con todo, tiene razón el proverbio: uno siembra y otro siega. Yo os envié a segar lo que no habéis trabajado. Otros trabajaron y vosotros entrasteis en el fruto de sus trabajos». En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: «Me ha dicho todo lo que he hecho». Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo».

Pautas para la homilía

Torturados por la sed

Para la mayoría de nosotros, el agua es una realidad cotidiana y abundante. Tanto que hasta llegamos a desperdiciarla. Se abre el grifo y ya está. No tenemos la experiencia verdadera y radical de pasar sed. Pero aún hoy, tantos seres humanos, tantas mujeres también, en muchos lugares y países de la tierra han de recorrer distancias enormes, kilómetros, en busca de agua.

Donde se puede tener la experiencia más radical de lo indispensable que es el agua para la vida es en el desierto. Todos hemos experimentado la sed, pero estar "torturados por la sed"... ¿Cómo será esa experiencia? Es la realidad que vivió Israel y nos cuenta el pasaje del Éxodo de este domingo. Por eso Dios se reveló a sí mismo como el salvador de su pueblo elegido haciendo manar el agua de la roca por mediación de Moisés.

Pero sí hay otras clases de sed que todos experimentamos en la vida, a las que nos remite hoy la Palabra de Dios. El ser humano busca constantemente llenar sus vacíos, colmar sus anhelos infinitos de amar y ser amado, superar sus deficiencias y limitaciones, vivir más y cada vez más plenamente; y este tipo de sed puede, a veces, torturarnos, si no logramos acercarnos a los verdaderos manantiales donde encontrar la alegría, la paz, el amor, la vida auténtica, en definitiva.

Cuando un hombre pasa sed y agua nos da

El recorrido cuaresmal que hacemos cada año es una imagen de nuestro propio éxodo. En el camino de la vida todos experimentamos el cansancio, las dificultades de todo tipo, desorientación, soledad, hambre y sed. Jesús también tuvo estas experiencias, como nosotros. El relato del evangelio de san Juan de este domingo nos presenta a Jesús cansado, "fatigado del camino". Hace la ruta de Galilea a Jerusalén (Judea), que es dura, cuesta arriba. Y además, en ese recorrido hay que cruzar una tierra pagana, un pueblo impuro: los samaritanos.

Jesús hace un alto en el camino, busca el descanso y tiene sed. Necesita recobrar fuerzas y lo hace junto a un pozo, el manantial de Jacob. El pozo es imagen de manantial, de agua. Pero también un pozo nos remite a la idea de profundidad y hondura. Resulta muy sugerente esta referencia al pozo en nuestra vida: ¿a qué pozos o fuentes acudimos? ¿A quién acudimos cuando estamos cansados, cuando nos puede la sed, cuando no podemos seguir? ¿Dónde buscamos fundamento para nuestro existir, creer, esperar, luchar... vivir, en definitiva?

El texto nos da cuenta de que Jesús no sólo busca un manantial, un pozo. Jesús se dirige a una mujer que se acerca, una mujer samaritana. Rompe esa barrera, ese tabú de que un buen judío debía evitar todo contacto con los samaritanos. Una vez más el actuar de Jesús es una muestra de que ha venido a la tierra enviado por el Padre, para acercarse a todos, hablar y encontrarse con todo ser humano. Nosotros, sin embargo, muchas veces hacemos distinción de

personas, ponemos barreras, marginamos, excluimos, despreciamos...

Llama la atención que lo primero que hace Jesús en este diálogo es pedir de beber, mostrarse sediento, necesitado de los demás, como nosotros. La mujer samaritana enseguida va a comprender que aquél que le pide de beber es portador de un agua nueva, diferente, de otra clase. Como en otros pasajes del evangelio, Jesús pide algo antes de devolver con creces. "Señor, dame de esa agua". Se pasa de un agua que quita la sed a esa otra agua que da la Vida.

Si vienes conmigo de camino, jamás yo tendré sed

Al escuchar las palabras de Jesús, en ese diálogo intenso y profundo, la samaritana reconoce en él al Salvador y comprende que es la fuente de una vida nueva, la vida más hermosa, la que no tiene fin porque viene de Dios. Caminar al descubrimiento de Dios es como ir al pozo a buscar agua: hay que hacer un esfuerzo y tener sed de encontrarlo. ¿Cómo está nuestro deseo y nuestras ganas de seguir buscando y conociendo más a Dios?

Como la samaritana, es preciso que también nosotros nos preguntemos dónde está el Dios verdadero, en qué monte, en qué templo, en qué pozo... La respuesta de Jesús es la clave. Para encontrar a Dios hay que darle culto, adorarlo en "Espíritu y Verdad". Se abre un nuevo horizonte. Esa agua que da la vida nos lleva más allá de los sacrificios, liturgias, normas, cánones... ¿Cómo llegamos a encontrarnos verdaderamente con Dios y a experimentarlo como hijos? Respondiendo a la llamada de su amor incondicional de Padre. Y recibiendo el agua viva del bautismo que representa y contiene el don del Espíritu Santo.

Jesús, el Mesías, aparece como el Moisés de la Nueva Alianza que da agua viva a su pueblo. Un agua profunda es la palabra en el corazón de la persona, un río que brota, una fuente de vida. El agua que nos ofrece Jesús es su Palabra, su enseñanza llena de sabiduría divina. El que guarda esta Palabra no verá la muerte jamás, vivirá para siempre. Esta agua tan especial simboliza y representa el Espíritu. Sólo esta agua que nos da el Hijo sacia y satisface nuestra alma inquieta e insatisfecha, nuestros anhelos, carencias y búsquedas.

La samaritana, apenas salió de su diálogo y encuentro con Jesús, se convirtió en misionera, en testigo, en predicadora; y muchos samaritanos creyeron en Jesús "por la palabra de la mujer". ¿A qué esperamos nosotros?

Señor Jesús, danos tu Espíritu, para vivir y darte el culto que realmente quieres. El Espíritu, principio del nuevo nacimiento, es también principio del nuevo culto espiritual, culto en "verdad": la entrega de nuestra vida a diario, a hacer el bien a todos nuestros hermanos; a promover sin cesar la dignidad, la justicia, la fraternidad y el cuidado y respeto a todos y a todo cuanto nos rodea.

"Señor, cuando tenga sed, envíame a alguien que necesite agua"
(Oración M. Teresa de Calcuta)



Fr. Juan Carlos Cordero de la Hera O.P.
Convento de Ntra. Sra. de Atocha (Madrid)

Evangelio para niños

III Domingo de Cuaresma - 23 de marzo de 2014



Diálogo con la Samaritana

Juan 4, 5-42

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dice: - Dame de beber. (Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le dice: -¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: -Si conocieras el don de Dios y quien es el que te pide de beber, le pedirías tú, y el te daría agua viva. La mujer le dice: -Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados? Jesús le contesta: - El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. La mujer le dice: -Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla. Veo que eres un profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén. Jesús le dice: - Créeme mujer, se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén daréis culto al Padre. Vosotros dais culto a uno que no conocéis; nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad. La mujer le dice: -Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga el nos lo dirá todo. Jesús le dice: - Soy yo: el que habla contigo. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él. Así cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: -Ya no creemos por lo que tu dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo.

Explicación

De siglos venía la enemistad entre los judíos y los samaritanos; por eso, cuando vieron a Jesús hablando con una samaritana se extrañaron mucho. Pero Jesús, al hablar con la samaritana, les enseñó que para amar y adorar a nuestro Padre Dios, no hace falta ni se requiere un templo especial, porque Dios es espíritu, y es menester que le adoremos en espíritu y verdad, esto es. Desde el fondo de nuestro corazón.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA – “A”(Jn. 4, 5-42)

NARRADOR: En aquel tiempo llegó Jesús a un pueblo de Samaria llamado Sicar, cerca del campo que dio Jacob a su hijo José: allí estaba el manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era el mediodía, sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. Llega una mujer Samaritana a sacar agua y, al ver a Jesús, se queda quieta (los judíos y los samaritanos no se hablan) con el cántaro en la mano.

JESÚS: Mujer, dame de beber.

SAMARITANA: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy Samaritana?

JESÚS: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva.

SAMARITANA: Señor, si no tienes cubo y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva? ¿Eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo y de él bebieron él, sus hijos y sus ganados?

JESÚS: El que bebe de esta agua vuelve a tener sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed: El agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna.

SAMARITANA: Señor, dame de esa agua: Así no tendré más sed, ni tendré que venir aquí a sacarla.

JESÚS: Anda llama a tu marido y vuelve.

SAMARITANA: ¿Pero... si yo no tengo marido!

JESÚS: Tienes razón al decir que no tienes marido. Has tenido ya cinco y el de ahora no es tu marido.

SAMARITANA: Señor, veo que eres un Profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte, y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén.

JESÚS: Créeme, mujer. Se acerca la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén daréis culto a Dios.

SAMARITANA: Es que...

JESÚS: Vosotros dais culto a uno que no conocéis, nosotros adoramos a uno que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. pero se acerca la hora, ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero, adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así.

SAMARITANA: Porque Dios es Espíritu, ¿verdad?

JESÚS: Y los que dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad.

SAMARITANA: Sé que ha venir el Mesías, el Cristo. Cuando venga Él no lo dirá todo.

JESÚS: Yo soy: el que habla contigo.

NARRADOR: En esto llegaron los discípulos y se extrañaban de que estuviese hablando con una mujer, aunque ninguno le preguntó de qué hablaban. La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: Venid a ver a u hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será acaso el Mesías? Y salieron del pueblo adonde estaba Él.

DISCÍPULO: Maestro, come...

JESÚS: Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra.

DISCÍPULO: ¿Qué quieres decir, Maestro? ¿Puedes aclarárnoslo con algún ejemplo?

JESÚS: ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la siega? Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos. Ya están dorados para la siega. El segador ya está recibiendo el salario y almacenando fruto para la vida eterna; y así se alegran lo mismo sembrador que segador.

DISCÍPULO: Maestro, por eso tiene razón el proverbio que dice: uno siembra y otro siega.

JESÚS: En efecto. Yo os enviaré a segar lo que no habíais sudado... otros sudaron y vosotros recogisteis el fruto de sus sudores.

NARRADOR: En aquel pueblo muchos creyeron en él, por el testimonio de la mujer.

SAMARITANO: Maestro, queremos escucharte. Quédate con nosotros.

NARRADOR: Jesús se quedó dos días. Creyeron muchos más por su predicación, y todos proclamaban:

SAMARITANO: Creemos que eres el Mesías, el Salvador del mundo.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández